

Brasil es algo más que samba y fútbol

Corpo de Belo Horizonte demuestra las posibilidades de la danza contemporánea más allá de los cánones abstractos europeos

:: ANDRÉS MOLINARI

GRANADA. Decir Brasil es decir tópicos. Además de tópicos. Y es bueno que los festivales internacionales que sufren calores casi tropicales en algunas de sus noches, tengan la lucidez y la frialdad de deshacer con su programación tantos tópicos como se edifican alrededor de las naciones y sus formas de convertir en arte los movimientos corporales de sus habitantes.

No obstante, las raíces agarran fuerte a la tierra y son tan necesarias para los hombres, y para los árboles, que resulta casi imposible el que los coreógrafos y los cuerpos que los obedecen puedan sustraerse a esa conexión telúrica e histórica que nos une a todos con un magma impreciso y a veces lleno de estereotipos llamado folclore.

Con folclore mágico y estereotipo esquivo se construye la urdimbre de 'Parabelo', una pieza de 1996 en la que la percusión y el rasgueado hacen de cañamazo para que se tejan hilos de danza clásica con sabores a folclore sudamericano.

El comienzo es un despertar del letargo antiguo con las pierdas al cielo en una imprecación ritual. Luego la música de Tom Zé y de Miguel Wisnik imprime brío y furia a la coreografía.

Si el arte se nutre, casi siempre, de los contrastes, esta coreografía es puro arte brasileño pues a través de ella se nos muestra cómo las zonas más áridas y pobres del Brasil generan danzas henchidas de riqueza rítmica y ubérrimas de color y de cromatismo.

En 'Parabelo' están los posos del trópico y sus confines, de la selva cercana y de los rituales lejanos, del calor y de la noche. Es una danza exterior, extrovertida, grupal, con vestuario terroso y ritmos de hojarasca. Hay gestos característicos, como las manos de palmas extendidas colocadas en las caderas, o ese vaivén del pubis sugerente y humorístico. Pies desnudos y antifaz en el rostro para esquivar el gran peligro de estas coreografías, en el que a veces se cae: parecerse a una disco etno o sucumbir en el ritmo por el ritmo como moneda facilí-

na para agradar a muchos sin emocionarse a nadie.

El toque minimalista se diluye con algún instante lírico y con ese desprendimiento del color terroso del vestuario para terminar en un

volcán de polen amarillo y pétalos anaranjados que no dejan de ser zarandeados por el ritmo impertérrito del trópico.

Veinte bailarines en escena, sin divos ni individualidades. El grupo

es lo que importa. Y la sensación de que el grupo nunca para, como la selva en la que el conjunto es más importante que cada uno de sus pequeños seres engranados.

Más furiosa y vibrante es 'Breu',



El Grupo Corpo de Belo Horizonte demostró anoche en el Generalife que Brasil sabe hacer una gran danza

que trae música de Lenine y se muestra como una pequeña joya de la que se percibe el buen entendimiento entre músico y coreógrafo. Aquí, Pederneiras trabaja con la dureza y el chispazo, puede que traduciendo el apellido que llevan ambos hermanos y que en español se lee pedernal. En toda la pieza reverbera la osadía de parejas agresivas y la sugerencia política de la masa activa. Hay un uso tal vez excesivo del suelo y una concesión clara

a los ritmos juveniles de acera y parque urbano, pero siempre gusta la pierna lanzada hacia adelante y la acritud del gesto como diálogo con un ambiente más hostil que amoroso. Eso no le impide tener sus momentos de ternura y su rasgos de humor con esa pareja que se deshace a ritmo aracnoideo.

El aire percibe el entrar y salir de los cuerpos en blanco y negro como fichas de dominó que caen y vuelven a levantarse, que se unen por parejas y juegan a la estatuaria bien iluminada. Telas muy pegadas al cuerpo, para que su bregar con el otro y con el suelo parezca la danza entomológica de unos insectos amazónicos, con sus cuerpos rayados y todo, con su torso negro brillante, que vuelan y vuelven a volar, marcando el latido del corazón más antiguo de este planeta.

Piernas ágiles y rodillas cruzadas con intención; brazos abiertos y saltos ingenuos, casi de tabla escolar de gimnasia; media vuelta conjunta y pequeñas cabriolas que sugieren el motu perpetuo inalcanzable. De vez en cuando la calma del suelo como descanso del luchador por la belleza. Como una cuna en la que depositar una pavesa de paz perdida entre ese ritmo frenético que es el alma de todas las cosas.

Cuando 'Breu' se parece a 'Parabelo' es cuando muestra su peor faceta. Cierro que ello refleja el estilo Pederneiras, pero no es bueno que ambas coreografías se parezcan tanto.

El vestuario de Freusa Zechmeister deslumbra y emborracha. Es la ebriedad del negro rayado, del blanco imposible en la noche, de los cuerpos lanzados a una tormenta tropical amparada en los cipreses y las bambalinas. Y la luz perfecta, para matizar la inaudita energía que transmiten estas dos coreografía, pequeñas joyas de un Brasil que es algo más que samba y carnaval.



moderna. :: GONZÁLEZ MOLERO